

Sobre lo acontecido en una escuela de Carmen de Patagones

Reflexiones a partir de un lamentable suceso en nuestra realidad actual

Hace muy pocos días, un suceso de violencia conmovió al país entero: un joven de 15 años disparó contra sus compañeros de curso en un colegio de Carmen de Patagones (Buenos Aires, Argentina) ocasionando la muerte de tres compañeros e hiriendo a otros cinco.

*Ante tal acontecimiento, el equipo editorial de *Diálogos Pedagógicos* desea compartir con ustedes una reflexión que, lejos de señalar un solo culpable, propone reconocer ciertas significaciones sociales implicadas en el hecho.*

Según lo referido por los medios periodísticos, en los últimos dos años cambiaron las conductas habituales de Junior, el adolescente de 15 años que protagonizó la masacre de la escuela Islas Malvinas de Carmen de Patagones; tuvo un descenso en el rendimiento escolar y mostró rechazo hacia los hábitos propios de las personas de su edad. El padre de Junior es suboficial de Prefectura Naval. Distintas versiones aseguraban, además, que se trataba de un padre autoritario con el que el chico había tenido una discusión o un cruce violento en los días previos a lo acontecido. Mucho antes, el padre fue convocado a entrevistarse con una profesional del gabinete psicopedagógico de la escuela, la especialista recomendó un tratamiento para su hijo. Hasta el martes 28 de septiembre, el tratamiento no había empezado.

El suboficial tenía la pistola 9 milímetros guardada en su casa, una propiedad muy humilde y había llevado a su hijo a practicar en un polígono de tiro.

En el pupitre, fotografiado por la prensa, Junior escribió aquello de "lo más sensato que pueden hacer los hombres es suicidarse". Luego, cuando fue entrevistado por la jueza, dijo: "todo pasó muy rápido y no lo recuerdo". Desconocía el resultado de su accionar, cuántos chicos podían ser los que estaban muertos, pero sí que había matado. "En apariencia no es un chico que tomaba, que fumaba, es un chico deportista", aclaró la jueza. No se reportan antecedentes familiares de enfermedad mental; no obstante, se trata de un adolescente que desde su infancia evidenció severas dificultades para integrarse activamente al medio social, especialmente a su grupo de pares. El hermano menor, de 11 años, es otra de las grandes víctimas: ha perdido el colegio, ha perdido a sus amigos, a sus compañeros, su barrio. La familia entera está shockeada, muy triste y no comprende qué es lo que ha pasado.

El suceso se desencadena como consecuencia de una combinación de aspectos

intervinientes de orden subjetivo individual, familiar y social en el contexto de una ciudad que ha cambiado en los últimos años y que ha experimentado otros episodios tanáticos vinculados con adolescentes.

Los medios informaron que se realizaron las pruebas necesarias para la conformación de un psicodiagnóstico, así como exámenes de laboratorio y un encefalograma. Los peritos buscan establecer si su estado se encuadra en un caso de borderline, donde el contacto con la realidad permanece indemne, o de una patología más grave de pre-esquizofrenia.

Junior había dado indicadores y, en general, se puede detectar el perfil de chicos que necesitan atención antes de llegar a una situación de desborde. Aparentemente, la escuela se ocupó de él, fue considerado por el gabinete, el que citó a su padre. Pero esta atención no la recibió el grupo familiar, que no llegó a advertir que tenía un chico enfermo. De acuerdo con lo que se ha dicho, era muy retraído, solitario, estudioso, no era mal alumno.

Por otra parte, cabe señalar que este hecho puede no ser el único, porque los adolescentes, siendo más vulnerables aún que otros integrantes de la sociedad, están pasando, como muchos, por un momento económico, social y cultural difícil, promotor de patologías. Están en un contexto permanente de crisis. En lo social, vivimos en un estado de violencia permanente. El discurso de los medios de difusión es violento y ello genera más violencia.¹ Ya Habermas, hace años, había enunciado la existencia de patologías inducidas sistémicamente.

Este lamentable acontecimiento sucedió en una institución, como muchas otras, en la que los gabinetes psicopedagógicos

suelen atender más el aspecto "intelectual" de los chicos y dejan afuera -en demasiadas ocasiones- el aspecto subjetivo y psicosocial. Las prácticas que desarrollan suelen privilegiar lo cognitivo a la luz de las teorías cognitivistas en expansión en las dos últimas décadas.

«...la presencia de profesionales de la salud mental es innegablemente importante en los espacios educativos...»

En un contexto de crisis y aumento de violencia, la presencia de profesionales de la salud mental es innegablemente importante en los espacios educativos. Y en salud mental, lo necesario es dirigir la atención a los factores preventivos. Porque si existen responsables, en el fondo de todo esto, son los adultos que debieron tomar las decisiones adecuadas en tiempo y forma, no ahora cuando los efectos aparecen, sino con anterioridad a producir el desgarramiento del tejido social y la generación de patologías en los más vulnerables.

Ahora también puede decirse que hay algo que no se escucha de lo que dicen los chicos, algo que estamos desatendiendo, y hay otro temor que está inquietando a los padres de esa misma localidad: en los últimos años Carmen de Patagones pasó por una repetición de suicidios. Uno de los mejores amigos de uno de los chicos heridos se suicidó pocos meses atrás. Hace un poco más, una chica se arrojó al río. Pero Carmen de Patagones no es más violento que otros lugares del país.

Desde la salud mental, es necesario trabajar en cuestiones preventivas porque des-

¹ En algunas ciudades se habla de "contaminación sonora" o "contaminación visual", pero muy pocos hablan de la "intoxicación televisiva" que sufren nuestros niños y adolescentes, con permanentes mensajes de violencia y transgresión a toda norma.

de hace un tiempo considerable estamos rodeados por la violencia en todas sus manifestaciones: verbal, física, simbólica, etc. Hay una naturalización de los hechos violentos y una exacerbación del individualismo, que se fue incrementando desde la década del '70 y llegó a su apogeo en los noventa. Hoy vivimos las consecuencias. Los medios masivos difunden un modelo a seguir, que culmina con la destrucción del vínculo social inmediato, ocasionando la fragmentación social.

Esta violencia ¿no es la consecuencia de un proceso más amplio, que traspasa los límites de una escuela pública, que transcurre en un tiempo más amplio que el del día del acontecimiento?

Hay una invasión de la violencia, tanto verbal como física y simbólica; desde nuestros medios, nuestras instituciones de seguridad, nuestros protagonistas de la vida pública. Hubo una secuencia de situaciones violentas vinculadas con dictaduras, desapariciones, la guerra de Malvinas, corrupción, atentados, la explosión de Río Tercero, desempleo, hambre, e impunidad. Se podría llegar a decir que merecen la categoría de criminales muchos que deambulan por espacios públicos, que aparecen en televisión, que contestan reportajes desde Chile.

Frente a la proliferación de armas, los educadores argentinos debemos oponer formas de prevención que eviten la cultura del desprecio a la vida. Y ante la naturalización de las transgresiones de todo tipo, reconstruir organizadores simbólicos que permitan compartir convicciones de fondo éticas.

Ahora también se habla en los medios de modificar una ley, de importar detectores de armas para nuestras escuelas públicas, se vuelve a los mismos temas como la imputación a menores, más cárceles. Llegar a decir que las escuelas públicas, en barrios pobres, sólo albergan futuros criminales, es olvidar que nuestros más ilustres

asesinos fueron sujetos educados, con excelentes condiciones de vida. Sólo individualizar culpas actuales sería una buena manera de tapar las raíces que, en realidad, estuvieron entre las causales de este suceso en particular.

La violencia está presente, explícita o implícitamente, en nuestra sociedad, sin distinción de clases, edades ni género. Resumir este problema a un determinado sector es una distorsionada y, tal vez, interesada simplificación.

«Frente a la proliferación de armas los educadores argentinos debemos oponer formas de prevención que eviten la cultura del desprecio a la vida.»

Como educadores debemos reflexionar y sentirnos responsables de una situación social que está signada por la violencia. Somos partícipes activos cuando realizamos prácticas culturales que naturalizan hechos violentos. Muchas veces reproducimos una cultura impregnada en valores destructivos, que nos lleva a descreer de un horizonte de realizaciones guiadas por ideales, por una *illusio* que sostenga un futuro para nuestros descendientes. Esta cultura, mediante sus prácticas, naturaliza el individualismo, el "no te metás", el no respeto por los derechos humanos; nos lleva a competir salvajemente para sobrevivir en un capitalismo tardío cada vez más carente de legitimaciones (Habermas).

Es hora de comprender qué es lo que causó este lamentable hecho. Más que las catástrofes naturales, el sida o los contaminantes, la principal causa de defunción temprana es la violencia, en alguna de sus formas. Un tornado o una inundación destruyen viviendas, pero finalmente pasan. La violencia queda. Es el mundo en el que les tocó nacer a las nuevas generaciones. El

diario norteamericano *Chicago Sun-Times* consignó que "mientras Estados Unidos mentía sobre las armas de exterminio en Irak, en el mundo hay más de ocho millones de armas químicas".

«Resumir este problema a un determinado sector es una distorsionada y tal vez interesada simplificación.»

Y las frases en el pupitre de Junior hablaban de la mentira como soporte de la felicidad humana, de la muerte, del suicidio. El pasaje al acto de un chico de 15 años en Carmen de Patagones ha colocado a los adultos de nuestra sociedad en un estado de perplejidad y confusión. Muchos esperan que se ubique el mal en el mismo chico, que prescriban el remedio inmediato y les permitan volver a dormir en paz. Ignoran que el mundo subjetivo de Junior es inalcanzable para el enfoque positivista hoy imperante. Que sólo se acercarán a los efectos de un proceso extendido en el tiempo, pero que la comprensión que permite prevenir no viene de la mano de los enfoques objetivistas promovidos por la tradición positivista, ni de las explicaciones centradas en lo cognitivo (Junior era buen alumno), ni en las neurociencias, como tampoco en las cuestiones genéticas. Es del orden de lo social y simbólico el camino que nos acercará a comprender y prevenir hechos lamentablemente irreversibles; el tener en cuenta los efectos subjetivos de muchas acciones encaminadas a fines, que no contemplan el ejerci-

cio cabal de los derechos humanos, en prácticas sociales efectivas que inciden en la constitución psíquica de las nuevas generaciones.

En un artículo escrito a fines del 2001 y publicado por la Revista de Epistemología *Moebio*, nº 15, de la Universidad de Chile, en el año 2002, concluía diciendo:

"para que un sujeto pueda seguir una forma de acción (es decir, que un sujeto pueda seguir la misma forma de acción) ésta ha de valer intersubjetivamente por lo menos para dos sujetos. Porque el otro es soporte y garante de la continuidad de actuar siguiendo esa forma de acción, en la medida en que hay un involucramiento de cada uno con el otro, un compromiso que sostiene la vigencia de esa forma de acción y la convicción que lleva a practicarla. Cuando los agentes, que son modelos de identificación de los sujetos en proceso de constitución, desertan del seguimiento de las normas, esas continuidades de la acción se pierden. Esta responsabilidad, también, les cabe a los dirigentes corruptos que, con su accionar trasgresor, han ocasionado perjuicios que van mucho más allá de lo estrictamente económico."

Hoy vuelvo a decirlo.

Lic. Dora Laino *

Miembro del Comité Editorial
Revista *Diálogos Pedagógicos*

Córdoba, 5 de octubre de 2004

* Licenciada en Psicología UBA. Doctorando en Psicología. Docente de la Universidad Católica de Córdoba y Profesora Titular concursada en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).
E-mail: dlucial@fibertel.com.ar